## LAS LENGUAS DE ARAGÓN En la edad media

Mucho antes de que recibiera tan sonoro nombre, Aragón fue lugar de paso o de destino para gentes de distintas procedencias y culturas, encrucijada donde lo ajeno se acoge y moldea, de donde lo propio irradia. La romanización estuvo condicionada por las mismas circunstancias, pues el latín en nuestro solar sembrado mantendría afinidades con el de las Galias y con el de las contiguas áreas peninsulares. Cuando esa semilla lingüística germinara durante siglos de lenta evolución, su fruto ya plenamente romance mostraría los inconfundibles rasgos de unas hablas encaramadas a las alturas pirenaicas en el límite de la Romania central, próximas a los valles catalanes, afines en ciertos fenómenos lingüísticos al interior hispánico, teñidas además por ancestrales supervivencias de un sustrato terruñero. Efectivamente, la proximidad de las zonas eusquéricas, o la participación de un componente sustratista más o menos común, explicaría soluciones altoaragonesas de los tipos capeza 'cabeza', parete 'pared' y bango 'banco', cambo 'campo' . Con lo ultrapirenaico y catalán se relacionarían su posesivo de varios poseedores lur o las construcciones cuando vendrá 'cuando venga', el que tendrá 'el que tenga', y entre dichos dominios y el castellano graduaría el aragonés esos mismos usos o la apócope (fuen-fuente, mon-monte; alatre-aladro, arado, blanblando). En este caso fonético predominaría la confluencia con el castellano, cuya tipología también sería compartida en otros hechos evolutivos por el romance del Reino, así la diptongación (diez, puerta), aunque las diferencias se mantuvieran en otros muchos (fillo / hijo, gitar / echar, plorar / llorar, etc.).

Si la toponimia retiene en su memoria léxica retazos de la vida de todos los pueblos que han ocupado un determinado territorio, en los nombres de lugar de Aragón afloran testimonios de una constante histórica en la idiosincrasia de quienes lo han venido habitando, cual es la capacidad de asimilar diversidades culturales y lingüísticas que tantas veces en esta región han concurrido. Se hallan en ella casi los únicos nombres de río que en España hay de género femenino (*La Huecha y La Huerva*), por el cual delatan una filiación indoeuropea de muy acusada presencia en la hidronimia francesa, como de indudable estirpe céltica son el macro-

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Ramón Menéndez Pidal, *Orígenes del español*, Madrid, Espasa Calpe, 1972, 7.ª edición, págs. 251-252, 296-298; Manuel Alvar, *El dialecto aragonés*, Madrid, Editorial Gredos, 1953, págs. 173-176, 182-188. Compárense los latinismos del vasco *errota* 'rueda', *kipula* 'cebolla'; *borondate* 'voluntad', *mendi* 'monte'.

topónimo Ambel y el microtopónimo Ambelga, localizados no lejos de los nombres de lugar de ascendencia preindoeuropea que son Burrén, Bureta y, con bastante probabilidad, Borja (la Bursao de las fuentes latinas), todos ellos formados sobre una raíz bur-, que se adivina en el vasco buru 'cima, cabeza'. El mismo Zaragoza descubre su origen romano (Caesar Augusta), modelado por la pronunciación mozarábiga desde Saraqusta, que es como lo tomaron los nuevos dominadores islámicos, y hasta nosotros ha llegado el genuino mozarabismo de Utebo, a la vera de la calzada romana del Ebro y próximo a la capital del Reino, a cuyas puertas se encuentra el barrio de Juslibol, así bautizado con el grito de guerra ¡Dieus li vol! ('Dios lo quiere') de los contingentes franceses que servían a Alfonso el Batallador y en dicho pago estuvieron acampados '.

2. Tras el matrimonio de Petronila y el conde Ramón Berenguer IV, cerrada la expansión aragonesa hacia el centro de la Península con la toma de Cuenca por el castellano Alfonso VIII, la unión con Cataluña abriría a ambos pueblos, catalán y aragonés, los horizontes mediterráneos en empresas comerciales y militares por tierras itálicas y del turbulento Imperio bizantino, dándose así paso a una situación de familiaridad con el siciliano, después con otros dialectos del sur de Italia y con el mismo toscano o italiano, y al trato con el griego, caso bastante singular en la Europa medieval: no debe extrañar, pues, que, por ejemplo, el italiano antiguo asimilara la voz mugàvero, del almogávar (cat. almugàver, almogàver) que designaba al escogido soldado de infantería catalano-aragonés.

Sin embargo, el plurilingüismo de la Corona de Aragón estaba ya en sus raíces. Efectivamente, el catalán se extendía por su núcleo territorial originario, una Cataluña que hasta mediados del siglo XVII llegaba a Perpiñán en la órbita española, con un dialecto gascón, el aranés, enclavado en su espina dorsal pirenaica. A partir de ese dominio patrimonial, la Cataluña peninsular y la ultramontana del Rosellón y la Cerdaña, este idioma, directamente derivado del latín hablado en las dos vertientes de los Pirineos orientales, los condados de la Marca Hispánica, se expandiría al compás de los avances reconquistadores. La lengua de la «Catalunya Vella», asimismo del Principado de Andorra, llegó al valle del Ebro, y cuando Jaime I ganó las Baleares y la región valenciana, se implantaría en estos nuevos dominios. En el reino de Mallorca de manera monolingüe, pues de esta estirpe fueron sus repobladores, una variedad insular que básicamente pertenece al tipo

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> De estas cuestiones onomásticas me ocupo en *Toponimia del Campo de Borja*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1980, págs. 115-117, en «Toponimia navarroaragonesa del Ebro (III): Vías de comunicación», *Archivo de Filología Aragonesa*, XXVIII-XXIX, 1981, pág. 35, y en «Problemas, métodos y enseñanzas de la toponimia», *Actas de las I Jornadas de onomástica y toponimia* (E. Knörr, y M. A. Líbano, eds.), Bilbao, Real Academia de la Lengua Vasca, 1991, págs. 205, 207.

oriental (también llamado central). En el de Valencia el establecimiento lingüístico fue geográficamente bilingüe, pues las comarcas costeras fueron otorgadas a los repobladores catalanes y a los aragoneses las del interior, aquellos predominantemente usuarios de la modalidad occidental o leridano. Y esta circunstancia originaria, la de un dominio en fragmentación bilingüe, unida a otras que los avatares históricos depararían, abogaría por la creciente dialectalización del catalán de Valencia y por la expansión del castellano, pues como un conspicuo romanista ha señalado, «este reino estaba abierto a los cuatro vientos» y tenía «un vicio de nacimiento (fue empresa común de catalanes y aragoneses)» <sup>3</sup>.

De la apertura «a los cuatro vientos» de que habla Germán Colón buen ejemplo se halla en las tierras alicantinas, pues no debe olvidarse que el primer fuero de Alicante fue concedido por Alfonso el Sabio el año 1252 según el modelo del de Córdoba, cuyo texto está en un castellano de frontera, con rasgos aragoneses<sup>4</sup>, y que cuando desde 1304 se solucionó el conflicto con Castilla, siendo definitivamente incorporada esta zona levantina al reino de Valencia, quedarían en su interior comarcas ocupadas por colonos aragoneses y localidades de habla murciana, caso, a la postre, de Orihuela, patria chica de Miguel Hernández, o del marquesado de Villena. Zanjadas las diferencias que oponían los intereses de la Corona de Aragón y de Castilla por una parte de la antigua taifa murciana, la primera gana una porción territorial más, pero ello le impedirá todo engrandecimiento territorial ulterior por este costado peninsular: para aragoneses y catalanes la reconquista hispánica había terminado, y con ella cualquier posibilidad de ampliar sus respectivos dominios lingüísticos.

3. Pero la cuestión murciana, de la que la disputa alicantina formó parte, antes de la referida fecha había permitido una importantísima presencia catalanoaragonesa más allá de los límites de la Corona. En efecto, cuando los mudéjares de Murcia se sublevan contra Castilla, se ve precisado Alfonso el Sabio a pedir la ayuda de su suegro, Jaime I, quien, sometidos los rebeldes, mantendría la presencia de catalanes y aragoneses en la región, continuada por sus sucesores, propi-

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> Germán Colón, *El español y el catalán, juntos y en contraste*, Barcelona, Editorial Ariel, 1989, pág. 51. Ni que decir tiene, este investigador no emplea el término *vicio* en sentido ni peyorativo ni antiaragonés, sino refiriendo con él un punto de partida que objetivamente sería a la larga perjudicial para la estabilidad y prestigio del catalán valenciano. La expansión del castellano o español en Valencia más que retroceso geográfico de la otra lengua, que también ocurrió en algunos puntos, significa salto al prestigio de ésta y su adquisición en bilingüismo por los catalanohablantes. Además, la lengua española también sería vernácula en Valencia, cuando las zonas aragonesas se castellanizaron.

<sup>&</sup>lt;sup>4</sup> Véase mi «Castellano y aragonés en el antiguo reino de Valencia», en *Las lenguas prevalencia*nas (F. Corriente *et alii*), Alicante, Publicaciones de la Universidad, 1986, págs. 45-63.

ciando sucesivas oleadas migratorias de sus súbditos hasta la definitiva incorporación del reino de Murcia al de Castilla. Consecuencia de esas primerizas colonizaciones fue la implantación en esta área meridional de varios focos de habla catalana: el cronista Ramón Muntaner aseguraría que los habitantes del recién conquistado reino murciano «són catalans e parlem del bell catalanesch del món» 5. Soslayada la exageración que tal generalización demográfica supone, es lo cierto que en Murcia se habló y escribió catalán durante mucho tiempo, aunque esta lengua entrara en irreversible proceso de paulatina extinción 6, pues en contra de su pervivencia actuaban poderosos factores: su situación fuera de un marco político propio, el contacto de sus usuarios con pobladores aragoneses, castellanos y de otros orígenes, la creciente e irresistible presión de una cultura de signo castellano-español, entre otros.

Con todo, el catalán sería uno de los elementos creadores de las hablas de tránsito murcianas, impregnadas de numerosos catalanismos y valencianismos léxicos, como calfarse 'acalorarse', chitarse 'acostarse', esclafar 'estrellar, romper', llampear 'relampaguear', lletra 'letra', llengua-llingua 'lengua', minchar 'comer', pésol 'guisante', plantaje 'llantén', soca 'tronco', y tantos más. Pero también hubo muchos aragoneses que se asentaron en estas tierras meridionales, lo cual se manifiesta en su toponimia (La Mancha de Aragón, Tarazona de la Mancha), igual que en una larga lista de palabras con ascendencia aragonesa, entre ellas: acachar 'agachar', ansa 'asa', ansias 'náuseas', cayata 'cayado', cocote 'cogote', chulla 'chuleta', espolsar 'sacudir el polvo', falsa 'desván', fardacho 'lagarto', fiemo 'estiércol', gorgollo 'gorgojo', melguizo 'mellizo', pescatero 'pescadero', rosigar 'roer'. Sin duda, pues, en los últimos decenios del siglo XIII y parte del XIV en Murcia se habló también aragonés, que, sin embargo, se diluiría pronto en el castellano de la región, aunque influyendo no poco dialectalmente sobre él. De hecho, el diminutivo -ico es general en murciano, y en su variedad huertana presenta una variante -iquio, solución fonética de genuina raigambre aragonesa y con gran arraigo en la zona central de nuestra región en la forma chiquio 'chico', nada menos que rasgo caracterizador del habla de Goya: «pero chiquio, campicos y buena vida», «en fin, chiquio, estímalas, que conforme bayan saliendo te las enviaré», «baya, baya, chiquio, que soys unos porros» 7.

<sup>5</sup> Véase Germán Colón, El español y el catalán..., pág. 25.

<sup>&</sup>lt;sup>6</sup> Pilar Díez de Revenga, «Fuentes documentales para una sociología lingüística histórica: los textos notariales», en *Estudios de sociolingüística. Sincronta y diacronta* (Pilar Díez de Revenga y José M.ª Jiménez Cano, eds.), Murcia, Editorial DM, 1996, págs. 61-62; Mercedes Abad Merino, «Notarios y curas en los *Libros de huérfanas a casar*: valenciano como lengua administrativa en el siglo XVII oriolano», *Anuario de Estudios Filológicos*, XIX, 1996, págs. 7-26.

Véase mi Goya en su autorretrato lingüístico, discurso de ingreso en la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis, Zaragoza, 1996, pág. 41.

Finalmente, la expansión mediterránea de la Corona no conllevó la implantación del catalán en los ducados de Atenas y Neopatria: mal podía haberse logrado tal milagro lingüístico en el corto espacio de tiempo que duró la soberanía catalanoaragonesa, cuando en la antigüedad el latín no logró arraigar en Grecia, ni el turco más tarde durante siglos de dominación otomana. Ni siquiera se catalanizaría Sicilia, aunque sí ha perdurado el catalán de los pobladores llevados por Pedro el Ceremonioso a Alguer, tras la expulsión de los habitantes sardos de la ciudad<sup>8</sup>. Observa Germán Colón que tampoco conseguiría la lengua catalana aclimatarse luego en Nápoles, para lo cual, sin embargo, no se daban las imprescindibles bases demográficas y culturales. Además, había llegado la hora del castellano, idioma de la corte literaria de Alfonso el Magnánimo al que pertenece el *Cancionero de Stúñiga*, por más que encierre testimonios catalanes y aun aragoneses.

4. Así, pues, la propia configuración de la Corona de Aragón le confería *ab initio* un decidido carácter multilingüístico, enriquecido más aún a consecuencia de su proyección mediterránea y de las relaciones con otros pueblos marcadas por una intensa actividad comercial y por una compleja política internacional. Tales circunstancias se reflejan perfectamente en las actuaciones de la Cancillería real, de la que emanaron documentos para el intercambio diplomático redactados en latín, catalán, aragonés, griego, italiano y francés, esto sin contar con que las gentes de Montpellier, vasallos de Jaime I, en su *Crónica* se expresan en languedociano, o con las composiciones trovadorescas de varios reyes en occitano literario, sobresaliente manifestación del espíritu que los animaba, igual que a sus súbditos más cultos?

Hasta la entronización de los Trastámaras los monarcas, aparte de la lengua de cultura que continuaba siendo el latín, conocían y hablaban al menos el catalán y el aragonés, aunque el idioma íntimo o preferido para unos fuera el primero y para otros el segundo, si bien hacia el final de la dinastía aragonesa la lengua catalana parece haber sido la preponderante en el entorno cortesano. El caso más destacable de poliglotismo real seguramente corresponde a Pedro IV, y su consumado dominio de lenguas, así como su pasión por la lectura, con la mayor evidencia se plasma en la misiva que el Ceremonioso dirige al prócer aragonés Juan Fernández de Heredia en 1362, obstinado en la adquisición de cierto libro «axi en latí com en qualsevol lenguatge» 10. Del propicio ambiente multilingüístico de la Corona

<sup>&</sup>lt;sup>8</sup> Aunque «en toda la isla de Cerdeña, el catalán se siguió usando como idioma literario y de los contratos hasta muy avanzado el siglo XVIII, ya bajo la dominación piamontesa de la casa de Saboya»: Germán Colón, *El español y el catalán...*, pág. 44.

<sup>&</sup>lt;sup>9</sup> Germán Colón, El español y el catalán..., págs. 241-242.

Amada López de Meneses, «Documentos culturales de Pedro el Ceremonioso», *EEMCA*, V, 1952, doc. 206.

de Aragón es asimismo representativo el hecho de que en sus estados desde muy temprano funcionaron centros de estudios de lenguas orientales ...

5. Dentro de los límites del Reino tampoco fueron desconocidas las situaciones de multilingüismo, pues en la misma zona pirenaica, incluso antes de que todos los valles se unificaran bajo Ramiro I, los de la zona oriental, en la Alta Ribagorza, ofrecían en lo lingüístico no pocas semejanzas repecto del catalán, caso del aragonés de Benasque y sus aldeas, con localidades aledañas de habla francamente catalana. Por otro lado, el Aragón pirenaico mantenía ancestrales lazos con la vertiente gascona, comerciales y de pastoreo, de donde un artículo como *ero, era* (variantes *ro, ra*) de algunas áreas altoaragonesas o soluciones fonéticas de los tipos *Bachimaña*, *betiecho y betieto*, de posible influencia gascona, con no pocas afinidades léxicas entre ambos lados del Pirineo, así las de *arañón, cabirón, cuniestra, obago* (y *paco* 'umbría'), *purna*, etc., aparte de que las hablas aragonesas norteñas sin duda fueron un camino abierto a la introducción de hispanismos en gascón.

Pero no sólo fue cuestión de préstamos o de interferencias dialectales, pues una variedad occitánica se afincó en Jaca desde que Sancho Ramírez la convirtió en capital de su reino, con los pobladores del Burnau provenientes del mediodía francés. De generación en generación se transmitió entre estos burgueses un lenguaje de fondo galorrománico, híbrido por la mezcla cada vez mayor con el aragonés de los autóctonos. Observa Molho que hasta 1292 no se escribió en Jaca un diploma en aragonés y que anteriormente los notarios de la ciudad redactaron en el occitano característico de los burgos francos instalados a lo largo del Camino de Santiago, en Aragón y en Navarra 12. Nada extraña resulta para la época esa preferencia por una lengua foránea para la escritura, cuando ésta contaba con un enorme prestigio literario y sobre todo si sus usuarios disfrutaban de un gran poder económico, como era el caso de los francos jaqueses.

El hecho es que hasta el *Fuero* de Jaca, en su redacción romance del siglo XIII, está escrito en esa lengua occitánica, según el mismo Molho afirmó, y no a humo de pajas precisamente <sup>13</sup>. Ningún apuro debe embargarnos para reconocer una realidad que desde el punto de vista filológico es incuestionable y que se halla en perfecta consonancia con el espíritu de la época: piénsese en el *Fuero* de Avilés o en el mismo texto foral de Estella, y recuérdese que en Navarra la presencia occitáni-

J. M. Coll, «Escuelas de lenguas orientales en los siglos XIII y XIV», *Analecta Sacra Tarra-conensia*, XVIII, 1946, págs. 59-89.

<sup>&</sup>lt;sup>12</sup> M. Molho, «Collection diplomatique de Jaca: Chartes occitanes (1255-1309)», *Archivo de Filología Aragonesa*, XXII-XXIII, 1978, págs. 193-250.

<sup>&</sup>lt;sup>13</sup> M. Molho, *El Fuero de Jaca. Edición crítica*, Zaragoza, CSIC, 1964. La misma afirmación mantiene este filólogo en su trabajo citado por la nota anterior.

ca estuvo bastante más difundida y fue de mayor duración. Sobre el particular resulta muy ilustrativo comprobar que el apéndice versificado con que termina la redacción C (provenzal) del *Fuero* de Jaca:

Aquest libre es escriut et qui lo ha non ha seruut. Puyretz saber uertaderament que en bolssa ay no argent ni aur tanpauc nj soy tenent

aparezca en la versión D (aragonesa y escrita hacia 1340) con una traducción libre, con evidente incomprensión parcial del texto occitano por parte del copista aragonés:

Aquest libro es escrito, et qui lo a non lo a serujdo. Podres saber uerdaderament qu'en la bolssa que e no i a argent nin puede auer njn so tenjent 14.

En lo que a núcleo comunitario atañe, el jaqués es el único asentamiento occitánico conocido, pero la lengua de los trovadores en su vertiente literaria tuvo cultivadores en Aragón, y no sólo entre monarcas y príncipes, pues no en vano el primer trovador conocido, Guillermo IX de Aquitania, participaría al frente de seiscientos caballeros junto a Alfonso el Batallador en la toma de Zaragoza, y poco después en la victoria de Cutanda, cerca de la turolense Calamocha, por cierto repoblada con gascones. Trovadores aragoneses en provenzal fueron Peire de Monzón, Pere Salvage y Tomás Périz de Foces, entre otros 15.

6. En la Edad Media también se hablaron en Aragón lenguas semíticas, el hebreo de numerosas y ricas aljamas, el árabe de bien pobladas morerías. Los judios mantuvieron su lengua patrimonial en bilingüismo con el romance regnícola, con un elevado nivel cultural, del que representan sobresalientes hitos dos conversos, el oscense Pedro Alfonso, famosísimo por su *Disciplina clericalis*, en el siglo XII, y en el XV el zaragozano micer Gonzalo García de Santa María, introductor en España del concepto *lengua compañera del imperio*, y prueba del

<sup>&</sup>lt;sup>14</sup> Los dos fragmentos en M. Molho, *El Fuero de Jaca*, págs. 502-503. Véase, por ejemplo, que *aur* 'oro' es dado por *auer* y *tanpauc* 'tampoco' por 'puede'.

Véase mi «Literatura navarro-aragonesa», en *Historia de las literaturas hispánicas no castella*nas (J. M.ª Díez Borque, coord.), Madrid, Taurus, 1980, págs. 254-260.

ambiente en que vivían los judios aragoneses es la existencia de una imprenta hebrea en Híjar, de la que salieron varios libros entre 1485 y 1491. De los Pazagon de Calatayud procedería la madre de Montaigne, circunstancia que marcó profundamente al gran escritor francés.

El bilingüismo árabe-aragonés se instaló asimismo en el seno de la minoría morisca, que en realidad fue demográficamente mayoritaria en no pocas localidades del Aragón Medio, sobre todo, y muy importante en otras muchas. Por relación a los demás moriscos españoles los de Aragón eran, en palabras de Lacarra, «los de espíritu más cultivado: la mayor parte de la literatura morisca que ha llegado hasta nosotros procede de Aragón» 16. Y, efectivamente, fue notable la integración de estas comunidades islámicas con sus vecinos cristianos, rasgo muy peculiarmente aragonés, lo que las llevó a perder mayoritariamente su lengua árabe en proceso que, salvo casos aislados de sabios locales, estaba cumplido en el siglo XV, mucho antes, por consiguiente, de cualquier edicto contrario a los usos y costumbres de este pueblo, y todo ello mientras los moriscos de Valencia conservaron su idioma arábigo masivamente.

La literatura aljamiado-morisca, de fondo textual romance y escritura árabe, es esencialmente aragonesa, con títulos tan conocidos como los del *Poema de Yúçuf*, el *Libro de las batallas*, la versión de *París y Viana*, el *Cuento del lazo, el milano y el cazador* o las *Coplas del peregrino de Puey Monzón*, cuyos corpus han ido apareciendo en antiguas casas de Belchite, Almonacid de la Sierra, Morés y otros pueblos de la región <sup>17</sup>. A través de estos textos pueden descubrirse aspectos importantes de la trayectoria castellanizadora del dominio aragonés, consecuencia de la cual fue la formación de una modalidad regional del español muy marcada por la asimilación de toda clase de aragonesismos.

7. La conquista de la Hispania visigótica por parte de los musulmanes sería decisiva para la configuración del mapa lingüístico de la Península. Efectivamente, los núcleos cristianos arrinconados en las zonas más inaccesibles de las cadenas montañosas del norte fueron profundizando las diferencias preexistentes en el protorromance hispanovisigótico y creando otras. Las condiciones para una creciente y relativamente rápida evolución lingüística con soluciones territorialmente independientes eran muy favorables: se había roto la unidad política preexistente, había descendido mucho el nivel cultural, eran difíciles las comunicaciones entre los distintos enclaves románicos, y éstos durante bastante tiempo estuvieron más que nada preocupados por la mera subsistencia económica y militar. Surgieron así los diversos romances peninsulares, pero la reconquista sería después

<sup>&</sup>lt;sup>16</sup> José M.<sup>a</sup> Lacarra, *Aragón en el pasado*, Madrid, Espasa Calpe, 1972, pág. 176.

<sup>&</sup>lt;sup>17</sup> Véase mi «Literatura navarro-aragonesa», págs. 238-242.

en buena medida responsable de sus respectivas expansiones territoriales y de la fisonomía lingüística que adquirieron en sus correspondientes nuevos dominios 18.

En el Condado de Ribagorza se contaban hablas aragonesas, hablas catalanas y hablas mixtas o de tránsito, con mezcla de rasgos propios de los romances catalán y aragonés, situación que en buena medida ha pervivido hasta hoy, aunque en la actualidad la interferencia de signo castellano también cuente, fenómeno este último que se da con posterioridad al Medievo. Hasta San Esteban de Litera se extiende el área de interferencias o de hablas dialectalmente mezcladas, en la cual incluso las localidades de lengua catalana presentan no pocos usos de tipo aragonés: así, pues, en esta parcela del Reino las isoglosas se entrecruzan y los límites no siempre son fácilmente determinables 19. Pero tal situación seguramente nada tiene que ver con condicionamientos prerromanos, orientación a la que tan aficionados han sido Menéndez Pidal y algunos de sus seguidores, ni con la superposición del aragonés a un «dialecto románico primitivo». Las cosas han debido de ser más sencillas: diversas variedades dialectales convivieron sin tensiones normativas en el territorio nororiental de Aragón que no cayó bajo el poder islámico, y en la primera etapa reconquistadora esas hablas ampliaron su dominio con parecidas características, tal vez porque también entre los repobladores hubo mucha mezcla, de los que venían de tierras catalanohablantes y de los originarios de zonas aragonesas o mixtas. Desde Tamarite de Litera los límites se hacen coincidentes, netos. sin interferencias: pueblos de lengua catalana a un lado y de lengua aragonesa, en época medieval se entiende, los de la línea contigua, de acuerdo por lo general a títulos de conquista y, sobre todo, de repoblación. Se marcaba así dentro del mismo Aragón el límite oriental del aragonés junto al occidental del catalán, hasta las tierras turolenses fronterizas del norte castellonense 20.

Es éste un dominio fronterizo que refleja una notoria coherencia histórica y, contra lo que superficialmente pudiera parecer, también etnolingüística. En efecto, las localidades de lengua catalana se suceden de norte a sur sin interrupción,

<sup>&</sup>lt;sup>18</sup> De esta problemática me ocupo en *Reconquista y creación de las modalidades regionales del español*, Burgos, Caja de Burgos, 1994.

De otro modo, a no ser que mediaran razones extralingüísticas, no se explicaría que, por ejemplo, el benasqués hubiera sido adscrito por unos al catalán y por otros al aragonés.

Véanse Manuel Alvar, *La frontera catalano-aragonesa*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1976; Juan Antonio Frago Gracia, «Sobre el léxico aragonés. Datos para el estudio de su frontera con el del catalán noroccidental a mediados del siglo XV», en *Actes del Cinquè Col.loqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1980, págs. 405-440; M.ª Antonia Martín Zorraquino y M.ª Rosa Fort Canellas, «La frontera catalano-aragonesa», en *Manual de dialectología hispánica. El español de España* (Manuel Alvar, ed.), Barcelona, Editorial Ariel, 1996, págs. 293-304.

demostrando así la continuidad de unos movimientos repobladores que siguieron la misma trayectoria en la Edad Media, apoyados por las poblaciones contiguas del territorio políticamente catalán, pues no en vano estas hablas de la frontera aragonesa del este pertenecen al dialecto occidental o leridano, como el catalán de Valencia. Y similar proyección colonizadora se adivina en la expansión de las hablas ribagorzanas de tránsito, ambas situaciones bastante análogas por lo demás a las que descubre la frontera entre el gallego y el asturianoleonés en el occidente peninsular. En cuanto a sus características, ya he señalado su tipificación dialectal en el marco catalán (variedad occidental o leridana), con la particularidad de que la variación también se aprecia entre distintos puntos de estas hablas fronterizas, extremo fácilmente comprobable si se compara el catalán altorribagorzano con el turolense de La Codoñera, La Ginebrosa y Aguaviva, aunque las diferencias no se reduzcan a este único contraste.

Las cosas no han cambiado sustancialmente en lo tocante a esta modalidad de catalán fronterizo, ni en lo geográfico ni en lo estrictamente lingüístico. Respecto a lo primero, en 1482 para el valenciano Miguel Pérez era Monzón una de las ciudades de lengua catalana 21, y un filólogo se refiere además a Campo, Graus y Albalate de Cinca como localidades que «todavía no hace tres siglos» también la hablaban 22; pero esto es algo que habrá que precisar con adecuada y suficiente documentación. En cuanto a lo segundo, aunque el grado de dialectalización pueda ser mayor en la actualidad que hace varios siglos, sin embargo no debe perderse de vista que las hablas de frontera suelen ofrecerse siempre con diversidad de variantes, sobre todo cuando, como en nuestro caso, se hallan en territorio política y administrativamente ajeno al de su tronco lingüístico. De hecho, los Libros de Collidas de las Generalidades del Reino parecen corroborar que no hubo plena uniformidad en esa línea fronteriza ni siquiera en la Edad Media, siendo los datos bastante fiables desde el momento en que los informes sobre recaudación de impuestos están escritos in situ, con frecuencia por individuos naturales de la misma localidad, y lo propio se desprende de las cartas insertas en esos legajos dirigidas a peajes aragoneses de lengua catalana 23. Resulta de todo punto necesario establecer la evolución seguida por las hablas orientales de Aragón, tanto las de tránsito como las pertenecientes al catalán, pero, aun no faltando fuentes documentales, en este aspecto histórico casi nada se ha hecho 24.

<sup>&</sup>lt;sup>21</sup> Germán Colón, El español y el catalán..., págs. 35-36.

Manuel Alvar, *El dialecto aragonés*, pág. 140. Este investigador incluye a Monzón en su lista.

<sup>&</sup>lt;sup>23</sup> Sirviéndose de tan valiosos fondos elaboran J. Ángel Sesma y Ángeles Líbano, su ilustrativo Léxico del comercio medieval en Aragón (siglo XV), Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1982. En mi artículo citado por la nota 20 hago referencia a algunas de estas cartas del catalán fronterizo escritas a mediados del cuatrocientos.

Sobre el catalán fragatino datos de interés pueden sacarse del *Libro de privilegios de Fraga y sus aldeas*, edición facsimilar con volumen de estudios y transcripción, Zaragoza, Cortes de Aragón,

8. Y luego está el aragonés, así llamado no sólo porque este romance se habló en casi toda la extensión de Aragón, exceptuado la estrecha banda oriental de lengua catalana, durante cierto tiempo en bilingüismo con el núcleo occitano de Jaca, y con el hebreo y árabe de judíos y moriscos, sino porque fue de hecho la lengua oficial del Reino en todos los niveles escriturarios. También en la Cancillería de la Corona de Aragón se empleó con profusión con ocasión de cualquier comunicación a quienes vivían en su dominio, e incluso se utilizó el aragonés en las relaciones diplomáticas de la Corona con Navarra, Castilla y Portugal, así como con los monarcas de Granada y Marruecos. Una lengua, pues, que lo fue de una potencia con mucho peso en el entramado político peninsular, hasta la derrota de Muret muy influyente en el sur de Francia y luego con fuertes intereses en el Mediterráneo. Y esta lengua aragonesa, que parecía llamada a una gloriosa continuidad, tuvo la humilde cuna de los pequeños condados de Ribagorza, Sobrarbe y Aragón, aunque más que esta circunstancia, en realidad común al nacimiento de todos los romances hispánicos, al aragonés lo marcó su multidialectalismo originario, visible, por ejemplo, en la existencia de varios artículos (el, lo, o, ero), en notables diferencias en la morfología verbal (compraron-comproron-comprón), y en soluciones tan variables o dispares como las de *puerta-puarta-puorta*, *cabeza-capeza* o *clamar-cllamar*, hechos verificables todos ellos en el propio eje pirenaico, a veces en unas mismas hablas: cuando en la actualidad se comprueban las grandes diferencias que hay entre el aragonés de Benasque y el de Echo, debe saberse que, mutatis mutandis, siempre se han conocido 25.

Evidentemente, no era éste un punto de partida demasiado idóneo para la constitución de una gran lengua de cultura, como también condicionaría la futura configuración del aragonés el retraso con que se llevó a cabo la reconquista de su definitivo territorio: piénsese que años antes de la toma de Huesca por los altoaragoneses Toledo ya era ciudad castellana. Sucedió, pues, que en un lapso demasiado breve de tiempo Aragón pasó de su exigua extensión pirenaica a alcanzar los confines de Teruel, dominio excesivamente amplio como para que pudiera ser repoblado sólo por aragoneses, y al que acudieron en gran número gentes ultrapirenaicas o francos, catalanes, navarros y vascos, y hasta castellanos, éstos con especial afluencia a las tierras de Teruel. Y semejante situación demográfica todavía se

<sup>1999.</sup> Para la historia lingüística de Laspaúles, habla ribagorzana de tránsito, de no poco valor es el libro de Domingo Subías, *Laspaúles*, Zaragoza, 1983, edición facsimilar de 77 manuscritos de esta localidad redactados en el siglo XVI, el último con data de 1598. Muchos más documentos atingentes al Aragón oriental aguardan al investigador en archivos locales, episcopales y notariales.

<sup>&</sup>lt;sup>25</sup> Aunque hay más fuentes con que corroborar este aserto, es suficientemente aleccionador el cotejo de los textos publicados por Tomás Navarro, *Documentos lingüísticos del Alto Aragón*, Nueva York, Syracuse University Press, 1957.

complicaba más con los mozárabes reminiscentes en el Aragón Medio y con las comunidades judías y moriscas. Ante tal heterogeneidad etnolingüística en todas partes la lengua invariablemente ha respondido con procesos de nivelación causantes de modalidades nuevas. En nuestro caso sobre la base del aragonés pirenaico se forma una lengua mucho más uniforme, en buena medida desprendida de los particularismos más acusados del Alto Aragón, aunque esa uniformidad sin duda fuera mayor en la lengua escrita que en la hablada.

Lo cierto es que el aragonés escrito dio lugar a un extraordinario acervo textual, del que puede ser paradigmática muestra el romanceamiento del Vidal Mayor, donde por primera vez figuran las expresiones lengoage maternal y lengoage de Aragón, también llamado romanz y vulgar 26. Lengua aragonesa escrita que con gran soltura fue manejada por tantos notarios, muchos de ámbito rural, que tendría madrugador empleo palaciego, en los libros de cuentas de la infanta Constanza de Sicilia, que en la Cancillería alcanzaría altas cotas de perfección estilística y que sería la primera en ver traducidos del griego a Tucídides y a Plutarco bajo el patrocinio de Juan Fernández de Heredia 27. Pero no es menos cierto que en la obra compuesta en el entorno del Gran Maestre el castellanismo encuentra ya no pequeña cabida, y que el discurso pronunciado el año 1390 en Pamplona por el cardenal Pedro de Luna, muy poco después Benedicto XIII, se halla sensiblemente castellanizado 28: la atracción tan tempranamente sentida por las minorías cultas aragonesas hacia la lengua de Castilla era un serio aviso de perdición para la lengua mayoritaria de Aragón, cuya castellanización estaba a la vuelta de la esquina.

9. Aparte de los factores apuntados, otros debieron coadyuvar a la castellanización del Reino, como la falta de una literatura de mínimos vuelos y la entronización de la dinastía castellana con Fernando de Antequera, aunque ninguno fue en sentido estricto absolutamente decisivo. Contó también, qué duda cabe, el enorme prestigio pronto logrado por el castellano en otros dominios hispánicos:

<sup>28</sup> H. Lapeyre, «Un sermón de Pedro de Luna», *Bulletin Hispanique*, XLIX, 1947, págs. 38-46; L, 1948, págs. 129-146.

Véase mi trabajo «El marco filológico del *Vidal Mayor*», en el tomo de *Estudios* de la edición facsímil del *Vidal Mayor*, Madrid, Diputación Provincial de Huesca-R. Díaz-Casariego, 1989, págs. 85-112.

<sup>&</sup>lt;sup>27</sup> «Pensemos sólo que ahí está la primera manifestación del romance y que ése es el aragonés en los reinos hispánicos orientales», advierte, a propósito de los referidos libros de cuentas, Germán Colón, *El español y el catalán...*, págs. 243-244. Sobre la obra del Gran Maestre consúltese el volumen misceláneo *Juan Fernández de Heredia y su época*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1996.

los oficiales de la Cancillería castellanizaban a propósito las piezas diplomáticas que se dirigían a Castilla o a Portugal, escritas en «una especie de castellano intencional de fuerte raigambre aragonesa» <sup>29</sup>. Lo cual indudablemente demuestra la temprana familiaridad de algunos escribanos públicos con el castellano, en cierto modo derivada de sus lecturas y del hecho de que el aragonés oficial o general al que vengo refiriéndome se hallaba lingüísticamente más próximo al romance de Castilla, geográficamente asimismo, que el hablado en las comarcas altoaragonesas. Es obvio que un mayor grado de semejanza lingüística facilitó el cambio de una lengua por otra, como ocurrió en Navarra y en León, y el proceso castellanizador ya resulta claramente identificable en el *Fuero* de Teruel <sup>30</sup>; por el contrario, su más acusada diferenciación tipológica fue la principal causa de la preservación de la identidad catalana en el Aragón oriental <sup>31</sup>.

Retomando la idea inicialmente expuesta, Aragón abrió puertas a su lengua, temporalmente instalada en tierras de Valencia y de Murcia, y del aragonés, por su hermanamiento con el navarro, resonarían ecos en las Glosas Emilianenses y Silenses, dándose la curiosa circusntancia de que el primer documento escrito en castellano, de hacia 1156 y de la fronteriza Soria, está fuertemente teñido de aragonesismos <sup>32</sup>. Pero esa apertura al exterior facilitó también la penetración del castellano, que a mediados del siglo XV ya era una lengua más del Reino para muchos. No sólo era cosa de que «la maestá del segnor re parla sempre spagnuolo», como en Nápoles se decía de Alfonso el Magnánimo, sino que en los decenios finales del cuatrocientos los escritos municipales de Zaragoza están redactados en plena convergencia del aragonés y del castellano. Y de esta ciudad era natural Pedro Marcuello, autor de un *Cancionero* ya castellano en el que se excusa por sus «dichos aldeanos», su aragonesismo reminiscente, y donde incluso cuando establece una puntual diferencia lingüística entre Aragón y Castilla sin siquiera sospecharlo cae en el hibridismo dialectal:

<sup>&</sup>lt;sup>29</sup> Germán Colón, *El español y el catalán...*, pág. 238.

<sup>30</sup> Max Gorosch, El Fuero de Teruel, Estocolmo, 1950.

<sup>&</sup>lt;sup>31</sup> A estas cuestiones he dedicado los estudios «Determinación sociolingüística en la castellanización del Valle del Ebro» y «Conflicto de normas lingüísticas en el proceso castellanizador de Aragón», ambos aparecidos el año 1991 respectivamente en *I Curso sobre lengua y literatura en Aragón (Edad Media)* y *I Curso de geografía lingüística de Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, págs. 115-130 y 105-126.

<sup>&</sup>lt;sup>32</sup> De estos datos me ocupo en «El paso del romance a la escritura: problemas culturales y lingüísticos», en *24 Semana de Estudios Medievales de Estella. Renovación intelectual del Occidente europeo (siglo XII)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1998, págs. 63-98.

Este tal en Aragón ffenojo llaman, señores; su primera letra es flores. Y eso mesmo acá en Castilla ynojo llaman; nombralda su letra fina esmeralda 33.

JUAN ANTONIO FRAGO GRACIA Universidad de Zaragoza

<sup>&</sup>lt;sup>33</sup> Pedro Marcuello, *Cancionero*, edición facsímil, Madrid, Edilan, 1995, f. 36v. Es híbrida efectivamente la forma *fenojo*, aragonesa por su f-, castellana por su j (el aragonesismo pleno es *fenollo*).